



Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
Grado en Relaciones Internacionales

Trabajo Fin de Grado

La Primera Guerra Sino-japonesa como experiencia del imperialismo japonés

Estudiante: **Ana de Rato Alarcó**

Director: José Manuel Sáenz Rotko

Madrid, junio 2019

Resumen:

La Primera Guerra Sino-japonesa fue el conflicto que enfrentó a China y Japón por el control y el poder en Corea desde 1894 a 1895. Se trataba de la primera guerra en la que Japón participaba después de la Restauración Meiji, un período de reformas que transformó el país y lo convirtió en la primera potencia moderna no occidental. Esta guerra tiene relevancia porque cambió el equilibrio de poder en Asia Oriental desde la que había sido la potencia regional durante siglos, China, a Japón. Esta guerra vio el nacimiento del Imperio de Japón y el nacionalismo nipón, con lo que ello conllevó para la historia de la región y del mundo. Las décadas previas en las que Japón se convirtió en un país industrializado y en las que fue desarrollando el concepto de la nación japonesa fueron claves para entender los acontecimientos que se dieron después.

Palabras Clave:

Japón, Restauración Meiji, imperialismo, Asia Oriental, diplomacia de cañonero, tratados comerciales.

Abstract:

The First Sino-Japanese War was the conflict between China and Japan over control and power in Korea from 1894 to 1895. It was the first war in which Japan participated after the Meiji Restoration, a period of reform that transformed the country into the first non-Western modern power. This war is relevant because it shifted the balance of power in East Asia from what had been the regional power for centuries, China, to Japan. This war saw the birth of the Japanese Empire and Japanese nationalism, which shaped the history of the region and the world. The previous decades in which Japan became an industrialized country and in which the concept of the Japanese nation was developed were key to understanding the events that followed.

Keywords:

Japan, Meiji Restoration, imperialism, East Asia, gunboat diplomacy, trade agreements.

TABLA DE CONTENIDO

Resumen:.....	I
Abstract:.....	II
1. Introducción.....	1
2. Finalidad y motivos.....	2
3. Estado de la cuestión y marco teórico.....	3
4. Metodología.....	4
5. Análisis y discusión.....	5
a. Contexto histórico: Restauración Meiji.....	5
i. El declive del Shogunato Tokugawa.....	5
ii. La Guerra Boshin.....	8
iii. La irrupción del nuevo régimen.....	9
iv. En busca del conocimiento a través del mundo.....	10
v. Los cambios que se realizaron.....	12
vi. La primera constitución asiática.....	14
vii. El crecimiento del sentimiento nacionalista.....	16
b. Antecedentes a la guerra: Comienzo del cambio de epicentro del poder en Asia Oriental.....	17
i. En búsqueda de tratados.....	17
ii. <i>Seikanron</i> o el Debate sobre la Conquista de Corea.....	18
iii. Expedición a Taiwán de 1874.....	20
iv. Anexión de Ryūkyū de 1876 a 1879.....	22
v. Comienzo de la tensión entre China y Japón y el cambio del poder en Asia Oriental.....	23
c. La Primera Guerra Sino-japonesa.....	24
i. Antecedentes: El Tratado de Ganghwa de 1876.....	24
ii. Las razones que llevaron a Japón a la guerra.....	26
iii. El desarrollo del conflicto.....	28
iv. Reacción interna.....	30
v. Reacción externa.....	32
6. Conclusiones.....	34
7. Bibliografía.....	38

1. Introducción

La Primera Guerra Sino-japonesa marcó un antes y un después en el orden internacional de asiático y mundial. En menos de tres décadas Japón cambió radicalmente desde ser un país antiguo e incapaz de defenderse a convertirse en un país industrializado y con una fuerza tal que cambió el epicentro de Extremo Oriente, de Pekín a Tokio. Durante años los japoneses habían estado modernizando su país a través de la implantación de modernas reformas que supusieron un esfuerzo de toda la población, pero que lo convirtieron un Estado moderno (Paine, 2003).

La Restauración Meiji, fue clave para el cambio de Japón. Después de siglos en los que Japón había estado organizado por un sistema feudal, el Shogunato, en el que el emperador sólo tenía poder simbólico. Con la restauración de su poder y la organización de un gabinete alrededor de él, cambió el rumbo del país.

Los acontecimientos que desencadenaron este cambio vinieron dados por la irrupción de fuerzas exteriores en un país que durante siglos había permanecido encerrado en sí mismo y hermético. Los países occidentales abrieron Japón a la fuerza para poder comercializar sus productos dentro del país. El resultado de la actuación de las potencias estadounidense y europeas definieron la estrategia exterior japonesa pues supuso tal trauma para la población y dirigentes nipones que, a partir de entonces, se buscó la defensa de la integridad de Japón a cualquier precio (Jansen, 2002).

China había estado perdiendo fuerza durante décadas y, aunque se mantenía como la potencia en Extremo Oriente, lo hacía porque no existía que pudiera hacerle frente. Esto es, hasta la Restauración Meiji, que pasó desapercibida tanto por China como por los países occidentales. Con la Primera Guerra Sino-japonesa, Japón midió su fortaleza con China y salió victorioso, irrumpiendo con fuerza en el orden internacional y desplazando a la que, hasta entonces, había sido la potencia regional a un lugar secundario (Duus, 1976). La guerra quebró la hegemonía china y demostró a un Occidente asombrado que Japón se había convertido en una gran potencia moderna. Tal inversión sísmica en el tradicional equilibrio de poder fracturó la armonía internacional previa dentro de Extremo Oriente.

La guerra se luchó en Corea que había sido siempre un Estado tributario de China, de la que dependía para mantener el orden y el control dentro del país. Para Japón era un Estado perfecto para medir sus fuerzas con China y demostrar su fuerza. También sirvió como la primera experiencia imperialista, a partir de entonces los japoneses tomaron una actitud de superioridad con respecto a sus vecinos que fue propiciada por su rápido crecimiento y la modernización de su ejército (Duus, 1976).

La guerra fue un punto de inflexión para China, pues destruyó la base sobre la que se sustentaba su superioridad sobre el resto de países asiáticos y forzó una revaloración de su lugar en el mundo. La derrota ante Japón, miembro del mundo confuciano, fue, por tanto, mucho más decisiva que cualquier otra derrota occidental (Paine, 2003).

El cambio del equilibrio de poder en Asia Oriental vino dado por esta guerra y tal cambio tuvo consecuencias no sólo a nivel regional, sino también a nivel mundial hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. La Primera Guerra Sino-japonesa fue el principio del imperialismo japonés y del sentimiento nacionalista y de superioridad respecto a los demás que caracterizó la política exterior nipona que fueron los que determinaron los acontecimientos en Extremo Oriente hasta 1945. Por todas estas razones – el equilibrio de poder del Lejano Oriente, la inestabilidad regional y la globalización de la política –, la Primera Guerra Sino-japonesa es un acontecimiento fundamental en la historia del mundo (Jansen, 2002).

2. Finalidad y motivos

A lo largo de este trabajo se ha pretendido mostrar qué fue lo que llevó a Japón para convertirse en la potencia disruptiva e imperialista que la caracterizó durante más de medio siglo hasta que perdió la Segunda Guerra Mundial. La experiencia coreana del imperialismo japonés fue, junto a la china, una de las más violentas y traumáticas. Además, para China perder el poder y la hegemonía de la región de la que había sido la principal potencia tuvo unas consecuencias que duran hasta hoy (Paine, 2003).

Por lo tanto, el análisis de las fuerzas y acontecimientos que poco a poco llevaron a Japón a enfrentarse a China son seminales para comprender no sólo la historia de Extremo Oriente, sino también la mundial. Las reformas que se llevaron a cabo a partir de la década

de 1870 fueron tan ambiciosas e innovadoras que catapultaron un país que hasta entonces había estado al margen de los acontecimientos internacionales a convertirse en uno de los principales actores.

La importancia de Japón en el orden internacional fue consecuencia de su victoria en la Primera Guerra Sino-japonesa y, por lo tanto, en este trabajo se ha analizado los sucesos más importantes que lo llevaron ahí. También, se describen los factores que condicionaron el nacionalismo japonés que tan relevante en el desarrollo y la consecución del Imperio.

3. Estado de la cuestión y marco teórico

La Primera Guerra Sino-japonesa ha sido estudiada por historiadores y académicos asiáticos, pero en libros occidentales no se ha llevado a cabo una profundización relevante acerca del tema. Debido a la falta de traducciones de material escrito en chino, japonés o coreano, en este trabajo se han usado principalmente fuentes elaboradas por historiadores occidentales.

Como tantas guerras, gran parte de la historia de la Primer Guerra Sino-japonesa ha sido escrita por los vencedores. Du Boulay, Eastlake y Volpicelli, los principales historiadores del conflicto en el siglo XIX, basaron sus obras en información publicada por las fuerzas armadas japonesas. Del mismo modo, la mayor parte de las noticias del frente procedían de periodistas que acompañaban a las fuerzas japonesas, ya que las fuerzas chinas no permitían la presencia de reporteros. En la época de la guerra, los chinos no buscaban contar lo que pasaba al principio porque contaban con ganar sin problemas y después porque no querían hacer propaganda de su derrota. Una década más tarde tuvo lugar la Guerra Ruso-japonesa, que eclipsó a la guerra chino-japonesa, ya que esta vez los japoneses aturdieron al público occidental al derrotar a una gran potencia europea. Como consecuencia, la Primera Guerra Sino-japonesa ha sido una guerra “olvidada” por los historiadores occidentales.

Desde los años 70, hubo una nueva corriente de historiadores de Japón que enfocó la guerra de manera distinta, buscando contextualizarla como causa y consecuencia de acontecimientos que tuvieron un gran impacto para la historia de Japón y, por lo tanto, la

de Asia Oriental y la del mundo. No obstante, muchos libros de la historia de Japón y, más sorprendente, de la Restauración Meiji dedican apenas un párrafo a hablar de la guerra. Uno de los mayores historiadores occidentales de Japón, Marius B. Jansen – cuyas obras se han usado para la elaboración de este trabajo – explicó que “a pesar del impacto internacional de la guerra, los estudios históricos sobre el tema son sorprendentemente escasos.”

No obstante, recientemente se han dedicado más libros y estudios a tratar del tema, notablemente el libro escrito por S.C.M. Paine que consiste en la recopilación más completa sobre la guerra en el contexto de la política interior de Japón, pero también de las relaciones internacionales. Otros historiadores de Japón, como W.G. Beasley o Peter Duus también han profundizado sobre el tema, pero no con tanta extensión.

Además, en los trabajos los libros escritos durante los últimos 40 años, así como en los artículos de revista, se ha investigado acerca del vínculo de la Primera Guerra Sino-japonesa y la exaltación del nacionalismo japonés. Asimismo, también se ha ahondado sobre el papel que jugó la prensa japonesa en la agitación nacionalista del pueblo que hubo durante la guerra y a partir de entonces.

Si bien, la Primera Guerra Sino-japonesa se pone siempre en contexto de la Restauración Meiji y de las reformas que se llevaron a cabo, dando importancia al poco tiempo en el que los japoneses lograron modernizar el país pues la victoria frente China no habría sido posible sin la previa modernización del país – a pesar de que la decadencia de la dinastía Qing, favoreció el resultado de la guerra. El esfuerzo que tuvo lugar en Japón y la voluntad de sus dirigentes de convertir a Japón en una potencia moderna y con poder para competir y defenderse en el escenario mundial fue clave en el desarrollo y desenlace de la guerra.

4. Metodología

Para la elaboración de este trabajo se ha llevado a cabo un análisis descriptivo de la situación en la que se encontraba Japón a mediados del siglo XIX y cómo los acontecimientos a los que hizo frente la llevaron a enfrentarse con China por el poder en Corea.

Con el objetivo de llevar a cabo dicho análisis, se utilizó fuentes secundarias por autores y académicos que han estudiado en profundidad la historia de Japón en el siglo XIX, la Restauración Meiji y, en menor medida, la Primera Guerra Sino-japonesa –como se ha explicado en el apartado anterior, la guerra ha sido pasada por alto durante mucho tiempo como un acontecimiento secundario.

Por lo tanto, para la elaboración de este trabajo se ha procedido a una revisión bibliográfica con el fin de obtener una perspectiva más amplia acerca del contexto de Asia Oriental, Japón y las relaciones internacionales en la segunda mitad del siglo XIX. A partir de ahí se ha buscado establecer nexos y conexiones entre la información que recalcan distintos autores para explicar el desarrollo que realizó Japón y cómo llegó hasta la Primera Guerra Sino-japonesa.

5. Análisis y discusión

a. Contexto histórico: Restauración Meiji

i. El declive del Shogunato Tokugawa

Durante más de seis siglos, desde 1192 a 1868, Japón estuvo regido por un sistema feudal, conocido como Shogunato. Se trataba de un gobierno militar basado en una estructura piramidal en la que un shōgun era el jefe del gobierno y tenía todo el poder *de facto*, a pesar de que el emperador nunca fue derrocado, por tanto, actuaba como una figura representativa y era el que, en teoría, le concedía el título al shōgun en una mera formalidad ceremonial.

A lo largo de este período, existieron tres shogunatos – con distintos grupos en el poder –: el Shogunato Kamakura (1192 - 1333), el Shogunato Ashikaga (1336 – 1573) y el Shogunato Tokugawa (1600 – 1868). Este último, también conocido bakufu Tokugawa, fue el más importante y el que terminó con la Restauración Meiji. A la etapa comprendida bajo este Shogunato se la conoce asimismo como el Período Edo – haciendo referencia a su capital, Edo, que es la Tokio actual.

La sociedad, como en el feudalismo europeo, estaba dividida en estratos que limitaban el acceso al poder, esto se llamaba el sistema *han*: el emperador, el shōgun, los *daimyō* – los señores feudales – y, por último, las «cuatro ocupaciones», o a veces «cuatro profesiones», que quedaban englobadas bajo el nombre *shinōkōshō* y tenían su propia división – los samuráis, los campesinos, los artesanos y, finalmente, los mercaderes (Sheldon, 1983).

Aunque bajo el Shogunato Tokugawa el orden social seguía un sistema de estratos, tanto el nivel de vida urbano como el rural aumentó de manera significativa durante este período (Dolan & Worden, 1994). Asimismo, la alfabetización era alta, sobre todo para una sociedad pre-industrial, también mejoraron el transporte, el sistema bancario, el acceso los instrumentos y medios para la producción de cultivos y, consiguientemente, la calidad de los alimentos. Además, la economía creció más allá de las restricciones propias de un sistema comercial basado en gremios, como consecuencia, el comercio aumentó. Todo esto coincidió con un desarrollo de los centros urbanos (Jansen, 2002).

Sin embargo, existía cierto descontento social, sobre todo desde finales del siglo XVIII, por los altos niveles de impuestos y por la escasez de cultivos que provocaban crisis de hambrunas, que se había convertido en algo común (Dolan & Worden, 1994).

En cuanto a las relaciones exteriores, el bakufu Tokugawa se caracterizaba por una política aislacionista y hermética denominada *sakoku*, que existía desde el siglo XVII. Uno de los mejores ejemplos del rechazo a cualquier influencia del mundo exterior, fue el caso de los cristianos. Los primeros misioneros llegaron en el siglo XVI de Portugal y de España – de la mano de San Francisco Javier. La Compañía de Jesús fue la orden más prolífica en Japón y la que consiguió un mayor número de conversos. Éstos al bautizarse tomaban nombres cristianos, una práctica que aumentó las sospechas del bakufu de que los extranjeros eran en realidad agentes que buscaban la desestabilización interna (González, 2010). Las sospechas continuaron – propiciadas, en parte, por los ingleses que buscaban detractar la influencia de los católicos – y durante las primeras décadas del siglo XVII se comenzó a perseguir el cristianismo y se expulsaron a los Jesuitas (Screech, 2012).

No obstante, alrededor de Japón el escenario internacional había cambiado con la irrupción de los europeos. Las potencias occidentales tenían ambiciones mercantilistas en Oriente, comenzaron desde mediados del siglo XVIII a expandirse siguiendo un sistema de tratados portuarios. Para los japoneses, la experiencia china fue muy importante. El país que hasta entonces había sido el eje de región tuvo que sucumbir a las demandas de los europeos, especialmente de los británicos, y a su diplomacia de cañonero. Por lo tanto, los nipones aceptaron la inevitabilidad de que ellos también tendrían que lidiar con las aspiraciones expansionistas de los occidentales (Beasley, 2008).

A pesar que los británicos y los holandeses habían intentado establecer relaciones con los japoneses, fueron los estadounidenses los que consiguieron poner fin a más de 200 años de aislacionismo. Lo intentaron por primera vez en 1846, ocho años después Matthew Perry, comodoro de Estados Unidos, se presentó en la Bahía de Edo con ocho buques – casi un cuarto de la flota americana – con la determinación de llegar a un acuerdo. El resultado fue la firma del Tratado de Kanagawa en 1854, con el que Japón se introdujo en un mundo imperialista para el que la política Tokugawa no estaba preparada (Huffman, 2010).

Aumentó el descontento popular como consecuencia de los consiguientes tratados comerciales, que ponían un límite a los aranceles japoneses y que daban acceso a los puertos nipones a potencias extranjeras, junto con las constantes dificultades financieras de la falta de cultivos, la inflación y falta de alimentos. Existía un sentimiento de humillación a manos de los occidentales que precipitó la lucha y la controversia. Dicho descontento desembocó en un incremento de las insurrecciones populares y en la difusión de la doctrina Sonnō jōi– “reverenciar al emperador, echar a los bárbaros” (Huffman, 2010). Esta tendencia pro-imperial fue popularizada por los llamados lealistas – la lealtad (*chugi*) se convirtió en un referente como un “gran deber” (*chaigi*) y prueba última de la moralidad del individuo – o, como los conocían sus contemporáneos, los *shishi* – cuya traducción es “hombres de un elevado propósito” (Beasley, 2008). Eran un grupo formado por *daimyō*, campesinos y samuráis, principalmente de las regiones de Satsuma y Chōshū que tenían en común la defensa de un nacionalismo étnico y la veneración al emperador.

Los líderes del bakufu Tokugawa no supieron hacer frente a este sentimiento popular al mismo tiempo que afrontar las exigencias de los países occidentales. El período Edo había llegado a su final y la guerra civil que tuvo lugar entre 1868 y 1869 se libró no para luchar por la supervivencia del Shogunato, sino para decidir quién se haría cargo de llevarlo a su fin: los líderes Tokugawa o sus adversarios (Jansen, 2008).

ii. La Guerra Boshin

En noviembre de 1867, el Shogun Tokugawa Yoshinobu fue obligado a dimitir, a modo de golpe de estado, por las fuerzas rebeldes, que provenían principalmente de la alianza de las regiones de Satsuma y Chōshū. Aunque al principio se resistió, en su carta de renuncia explicó que "ahora que las relaciones externas se vuelven cada vez más extensas, a menos que el gobierno sea dirigido por una autoridad central, los cimientos del estado se derrumbarán" (Huffman, 2010).

El 3 de enero de 1868, fuerzas sublevadas se apoderaron del palacio de Kioto y proclamaron un nuevo gobierno en nombre de Mutsuhito, el Emperador de 15 años, que a partir de entonces se conocería como el Emperador Meiji – que significa “ilustrado”. A partir de entonces – y hasta la primavera de 1869, cuando las últimas tropas fieles al bakufu Tokugawa se rindieron – se libró una guerra civil.

La Guerra Boshin, también llamada la “Guerra del Año del Dragón, no fue un conflicto importante en la historia de Japón a nivel bélico; ya que duró relativamente poco, no hubo muchas batallas y causó pocas muertes – alrededor de 8.200. Su importancia radica, por tanto, en que fue un momento crucial en la historia de Japón.

Además, esta guerra fue la primera en Japón la que intervinieron potencias occidentales. Aunque Estados Unidos fue el primer país en alcanzar un tratado comercial con los nipones, sus intereses todavía no estaban centrada en el Pacífico y, por tanto, su participación en el conflicto fue muy reducida. De entre los Estados europeos, sólo se involucraron Reino Unido y Francia. El primero había sido el principal aliado extranjero del Shogunato, pero se mostró partidario de las fuerzas *shishi*; mientras que los franceses decidieron apoyar al bakufu. Sin embargo, la colaboración se caracterizó por el establecimiento de misiones militares para que las tropas japonesas contaran con la

colaboración de asesores militares, es decir, no hubo desplazamiento de tropas (Perez, 2013).

Una vez ganada la guerra, los nuevos líderes de Japón querían que las generaciones posteriores vieran las cosas a su manera: la historia que se contó fue la de unos jóvenes valientes decididos por sacar a su país de un status semi-colonial al que había quedado reducido bajo el mando Tokugawa (Jansen, 2002).

iii. La irrupción del nuevo régimen

La Restauración Meiji se define, en teoría, como los acontecimientos que tuvieron lugar entre 1867 y 1868 que supusieron el final de feudalismo y el restablecimiento del poder del emperador. Sin embargo, si se considera como parte de un proceso mayor, uno que empezó a mediados del siglo XIX con el descontento generalizado y las insurrecciones y que terminó a finales de siglo con un estado moderno, se explica la importancia histórica de este momento (Jansen, 2008). De hecho, debido a la posición protagonista que ocupó Japón desde entonces, la Restauración Meiji se convirtió en un evento significativo en la historia de Japón, Asia Oriental y el mundo (D.Z., 2018).

Los hombres que tomaron las riendas del país junto con el Emperador Meiji eran un grupo variado formado por *daimyōs* y samuráis, todos ellos relativamente jóvenes – los dos más mayores apenas sobrepasaban los cuarenta – y ninguno tenía experiencia previa administrativa relevante. No obstante, eran líderes decididos que tenían una visión sobre el camino que tenía que tomar el país. El mejor ejemplo de su pragmatismo fue la cómo abordaron las relaciones con occidente. Como revolucionarios, habían defendido la expulsión de los extranjeros; sin embargo, cuando llegaron al poder lo que habían prometido resultaba imposible, así que decidieron tomar otro camino: competir con las potencias occidentales, pero marcando ellos las pautas y no al revés (Huffman, 2010). Las potencias occidentales que habían firmado tratados con el Shogunato y que, por tanto, tenían intereses comerciales en el país, con la victoria de los lealistas temieron que se les echara de Japón. Los nuevos líderes no solo no hicieron eso, sino que mantuvieron los compromisos tomados por los Tokugawa.

La población nipona también esperaba que abordaran de manera más ofensiva la relaciones con las potencias extranjeras. Por ejemplo, un grupo de samuráis en el puerto de Sakai asesinaron a once marineros franceses porque sintieron que era algo que el nuevo régimen permitiría. Se equivocaron, como consecuencia, se les ordenó realizar el *seppuku* – también llamado *harakiri*, era el ritual con el que los samuráis acaban con su propia vida – frente a representantes franceses (Jansen, 2002).

El nuevo gobierno quiso usar la palabra “restauración” a modo de declaración de que nada iba a cambiar y, de esta forma, tranquilizar a la población de que no se iba a construir nada nuevo, sino que simplemente se volvía a una forma de gobierno que ya había existido en el pasado. No obstante, la gente lo conocía como *go-isshin* o la “gran renovación.” Esto era un juego de palabras puesto que las palabras “restauración” (*ishin*) y “renovación” (*isshin*) en japonés se parecen. Por lo tanto, la gente sabía que este nuevo liderazgo del país se caracterizaba por la innovación enfocada al futuro y no la restauración de algo pasado (Kitaoka, 2018).

El 6 de abril de 1968 promulgaron la Carta de juramento, conformado por cinco artículos en los que se explicaban los principios en los que se iba a basar el nuevo gobierno. En dicho documento se anunció que “todas las clases, altas y poderosas, se unirían,” los asuntos de estado “serán decididos en discusiones abiertas y que se buscaría “el conocimiento a través del mundo para fortalecer” el imperio. En septiembre de ese mismo año, la capital, Edo, recibiría su nuevo nombre: Tokio (Beasley, 1972).

iv. En busca del conocimiento a través del mundo

Con la Restauración Meiji, apreció en Japón determinación de conseguir que el país pasara ser una de las “Grandes Potencias” que había circuncidado y restringid su soberanía. Es decir, había unos objetivos y aspiraciones comunes: la unidad nacional que estaba amenazada por fuerzas extranjeras, un cambio político con una corte imperial que fuera capaz de dar respuesta a los problemas que aquejaban a Japón y una voluntad expresa de “usar al bárbaro para controlar al bárbaro”, es decir, la adopción de técnicas occidentales para la mejora de sus fuerzas armadas y lograr un mayor crecimiento económico (Beasley, 1972).

Con este fin, se estableció la Misión Iwakura o Embajada Iwakura – llamada así por Iwakura Tomomi, el dirigente de dicha expedición – que tuvo lugar entre 1871 y 1873. Durante dieciocho meses, cincuenta miembros del nuevo gabinete, incluyendo cinco alto dirigentes, viajaron por Europa y Estados Unidos para observar y aprender, negociar tratados e introducir al nuevo gobierno en los asuntos exteriores y servir como referencia de su voluntad de su determinación de modernizar Japón. Pero, reconociendo que gran parte de la riqueza y el poder del mundo estaba en Occidente, sobre todo se emprendió esta campaña con la intención de saber por qué. Los viajeros quedaron perplejos por muchas cosas que descubrieron en su expedición, entre otras cosas a los cristianos que adoraban crucifijos “con color rojo sangre” y las mujeres que “llevaban ropa de hombre.” No obstante, lo más importante de esta misión fue el mero hecho de que se realizara; que los altos mandos consideraran que los modelos occidentales fueran suficientemente importantes como para abandonar su país durante un período tan largo, especialmente teniendo en cuenta que su nuevo régimen apenas estaba cimentándose (Huffman, 2010).

La Misión encontró problemas allá donde iba por la decisión del gobierno de Meiji de continuar con la prohibición al cristianismo. Los embajadores desarrollaron a lo largo de su viaje un respeto hacia la importancia que la religión tenía en Europa y Estados Unidos. Por lo tanto, no es coincidencia que una vez regresaron a Japón, en 1873, se acabó con la prohibición al cristianismo (Dolan & Worden, 1994).

La conclusión, una vez finalizada la Embajada, fue que el peligro de la pérdida de (D.Z., 2018) la soberanía nacional externa no era inmediato y, por tanto, era menos urgente desarrollar la ofensiva nacional de lo que se había pensado en un primer momento. Es decir, los japoneses debían centrarse en restablecer el orden institucional y fomentar el desarrollo interno. Si bien los países occidentales habían amasado un mayor nivel de riqueza, fuerza y poder, esta superioridad era reciente y, por lo tanto, alcanzable (Jansen, 2002).

Lo más importante que los embajadores resaltaron de la Misión fue que si Japón realmente quería convertirse en un miembro importante de la sociedad internacional, entonces debía hacerlo adoptando valores “occidentales.” Las reglas que observaron fueron una competencia intensa y, al mismo tiempo, participativa para establecer nuevas bases coloniales para lograr una mayor expansión. El jefe de gabinete de Iwakura

Tomomi, Kume Kunitake, cuyos diarios de la Misión se consideran el relato clave para entender cómo fue el viaje desde el punto de vista de quienes lo realizaron, escribió en los mismos: “a pesar de que la diplomacia de todas las naciones occidentales expresa exteriormente la amistad, en secreto existe una sospecha mutua, los pequeños países de Bélgica, Holanda, Suecia y Suiza, como los puercoespines que erizan sus plumas, apuntalan sus defensas. . . no se pueden desaprovechar las correas de sus cascos” (Jansen, 2002).

La experiencia de la Embajada Iwakura fue determinante para el presente de Japón y para establecer el camino de su futuro. Japón se adentraba en un mundo altamente competitivo, en el que la victoria iba para los preparados. Los modelos más atractivos para la compañía liderada por Iwakura fueron: la educación estadounidense, la industrialización británica, la jurisprudencia francesa y las instituciones representativas alemanas – cuya unificación, como la de Japón, tuvo lugar en la segunda mitad del siglo XIX. De hecho, algunos participantes de la Misión se quedaron en algunos países europeos – Francia y Alemania – para estudiarlos más a fondo (Nish, Maio, & Fält, 1998).

Pero, las relaciones con Occidente no se buscaron solo a través de los canales oficiales. Durante la década 1870 invitaron a profesionales altamente cualificados a ir Japón como profesores y asesores. Pero, quizás más sorprendente, fue el gran número de estudiantes japoneses – hombres y, en ocasiones, mujeres con altas cualificaciones – que emigraron para estudiar en colegios secundarios y universidades europeas y estadounidenses (Huffman, 2010). Fue una proeza para su tiempo considerando que entre 1868 y 1902, se emitieron 11.428 pasaportes para estudiantes que se marchaban al extranjero (Jansen, 2002).

v. Los cambios que se realizaron

Si bien, la primera decisión en la reorganización del país se tomó en 1869. Uno de los grandes retos hacia la modernización, era contar con recursos para financiarla. Los samuráis suponían un impedimento puesto que alrededor de dos millones de ellos vivían con estipendios gubernamentales que consumían el treinta por ciento del presupuesto nacional. Además, eran una pieza clave en la división de clases anacrónica de los Tokugawa.

El gobierno Meiji afrontó esto de varias maneras: en 1869, abolió el sistema han del Tokugawa con tres únicas categorías: nobles – en donde se incluyó a los *daimyō* –, samuráis y plebeyos. Después en 1870, se comenzó a permitir que los plebeyos pudieran tomar un apellido, un derecho que hasta entonces solamente correspondía a los samuráis. Finalmente, en 1876, la clase desapareció por completo, debían de dejar de llevar espadas y después de recibir un último bono con interés a no obtendrían ninguna remuneración pública (Huffman, 2010).

Una vez terminada la guerra, se abolieron los 261 viejos dominios de los *daimyō* por 203 nuevas prefecturas – que más tarde se convirtieron en 71 prefecturas y tres distritos urbanos (Kitaoka, 2018). La mayor parte de los *daimyō* entregaron voluntariamente sus tierras al emperador y, consiguientemente, las personas que en ellas vivían pasaron a estar bajo la jurisdicción imperial. Para evitar una gran oposición, los *daimyō* se convirtieron en gobernadores de las nuevas prefecturas. No obstante, luego se les convocó en Tokio para evitar rebeliones y conseguir una mayor centralización del poder (Frédéric & Roth, 2002).

Con la Misión Iwakura y a partir de ella, llegó una ola de transformaciones en el país, donde se empezaron a realizar cambios internos con occidente como punto de partida desde el cual los nipones se dispusieron a desarrollar su país de acuerdo con lo que habían observado en la Embajada (Nish, Maio, & Fält, 1998).

Durante el principio de la década de 1870 se promulgaron una serie de decretos que sentaron las bases de la moderna estructura institucional de Japón (Beasley, 1972). De entre las transformaciones más importantes cabe destacar: el establecimiento de una educación pública y obligatoria para todos los niños independientemente del sexo, la adopción del calendario gregoriano y la modernización de las fuerzas armadas para lo que establecieron un servicio militar obligatorio para todos los hombres, un pequeño ejército permanente y la separación entre las fuerzas de tierra y la armada.

Asimismo, la prensa japonesa nació casi simultáneamente que el Estado moderno que se implantó en Japón. Los periódicos que se crearon estaban al mando de editores que, habiendo recibido una educación confuciana – como era común en Japón – enfatizaron la utilidad que tenían estos nuevos medios de comunicación para resaltar las necesidades de

la sociedad – que igualaban a las del Estado – frente al individualismo. Estos periódicos – que se elaboraron a partir del modelo occidental pues atribuyeron a sus diarios una parte significativa en la creación de la fuerza que habían adquirido – sirvieron como instrumento a la movilización del apoyo popular al nuevo régimen (Altman, 1981).

Además, lo observado en el exterior sirvió para propiciar uno de los grandes cambios que se produjo entre 1871 y 1873, cuando se aprobaron una serie de leyes e impuestos sobre la propiedad privada que sirvieron como bases para establecer una política fiscal moderna. Se emitieron escrituras de propiedad, las propiedades se evaluaron al valor justo de mercado y los impuestos se comenzaron a pagar en efectivo, en vez de en especie como sucedía antes. De hecho, éstas se consideran la abolición del sistema feudal como tal y el establecimiento del capitalismo en Japón (Horie, 1952).

En cuanto a la religión, se buscó instaurar un estado orientado al sintoísmo muy parecido al estado de 1.000 años antes – siguiendo con la narrativa de que el nuevo Estado se trataba simplemente de una vuelta al régimen imperialista. Se restableció el *Jingi-kan* o el Departamento de Culto para todos los asuntos relacionados con el sintoísmo, por encima incluso del Gabinete de Estado en importancia. Aunque el budismo sufrió del patrocinio estatal del sintoísmo, tuvo su propio resurgimiento. También se legalizó el cristianismo – en 1873 – y el confucianismo siguió siendo una doctrina ética importante.

vi. La primera constitución asiática

Como consecuencia de su pérdida de influencia, status y forma de vida los samuráis fueron los que pusieron en marcha el movimiento constitucional en Japón. La restauración y la abolición de los dominios habían descolocado muchas lealtades feudales. Los samuráis habían perdido el derecho a usar espadas, sus estipendios habían sido recortados, luego cortados de nuevo, y finalmente abolidos. Sin embargo, seguían representando un grupo en la sociedad con suficiente influencia y fuerza como para que conseguir que sus demandas fueran escuchadas (Beasley, 1995).

La respuesta del gobierno fue llevada a cabo por Iwakura Tomomi y Itō Hirobumi que, en el verano de 1881, elaboraron una directriz de las disposiciones constitucionales que consideraban admisibles, que incluían: un gabinete que respondiera ante el emperador,

una asamblea bicameral con una cámara baja electa y un electorado basado en los requisitos de propiedad, como los que ya existían en las prefecturas de Tokugawa.

En marzo de 1882, Itō se marchó para realizar otra expedición de dieciocho meses en el extranjero, esta vez para investigar modelos constitucionales. Como sabía lo que buscaba, fue directamente a Berlín y a Viena, dónde sabía que encontraría lo que necesitaba. Durante su tiempo en Europa, fue influenciado por las ideas de Rudolph Gneist y Loren von Stein, cuya ideología fue luego incorporada en la elaboración de la constitución (Beasley, 1995).

La redacción de la constitución empezó en otoño de 1886, el proyecto fue llevado a cabo, bajo el mando de Itō, lentamente y en secreto; por lo tanto, no fue influenciado por la agitación o el debate popular. Gran parte de la estructura filosófica en la que se enmarcó la constitución estaba basada en el concepto de ‘monarquía social’ de Lorenz von Stein que veía la figura del rey, o el emperador en el caso japonés, como árbitro entre intereses de distintos grupos sociales que competían, es decir, la monarquía servía como personificación de la voluntad popular por encima de la lucha de clases que evitaba que los fuertes explotaran a los más débiles (Beasley, 1995).

Una vez la constitución estuvo terminada, en mayo de 1888, se presentó al Consejo Privado de Japón que estaba presidido por Itō y, tras seis meses de deliberaciones, se promulgó el 11 de febrero de 1889 la constitución – la primera en el continente asiático –, presentada como un regalo del emperador a la gente. En la carta magna se reservaban una amplia variedad de poderes al emperador: tenía el mando absoluto de las fuerzas armadas y una amplia autoridad ejecutiva. Tenía el poder de declarar la guerra o la paz y celebrar tratados. También se establecía su poder sobre el órgano legislativo. Los cargos del gobierno, incluidos los ministros del gabinete, eran responsables ante el emperador, no ante la Dieta Imperial (Hane, 1992).

Tal y como habían diseñado Iwakura y Itō en 1881, la asamblea nacional, la Dieta Imperial, estaba constituida por dos cámaras: la Cámara de Consejeros o *Kizokuin*, la cámara alta cuyos miembros eran nombrados por el emperador y con carácter hereditario, y la Cámara de Representantes o *Shūgiin*, cuyos integrantes eran votados por sufragio

restringido masculino. Para aprobar una ley, era necesario el consentimiento del emperador y de ambas cámaras.

En teoría, se reconocían ciertos derechos y libertades individuales, pero estaba restringidos “dentro de los límites de la ley “o “dentro de los límites no perjudiciales para la paz o el orden.” En cualquier caso, tenía un valor delimitado como declaración de libertades personales porque en aquel momento en Japón el Estado iba por encima que el individuo. El liberalismo como teoría, que habían aprendido del extranjero, se subordinó al nacionalismo, se usó como medio para establecer una nación fuerte y poderosa, en lugar de convertirse en una base teórica independiente (Teters, 1969).

La carta magna fue elaborada con el fin de fortalecer el estado continuando con el pensamiento confuciano. Se buscaba evitar la disidencia política porque debilitaba el Estado, es decir, se mantuvo el énfasis en la armonía social. Según Itō la democratización debía ser resistida porque “en un país como el nuestro, era evidente que sería necesario compensar su pequeño tamaño y su población con una organización sólida y compacta.”

Consecuentemente, muchos poderes se reservaron para el emperador. En el preámbulo el emperador había heredado "el derecho a la soberanía del Estado" de sus antepasados y que lo heredaría a sus descendientes. El hacer que la constitución estuviera subordinada al trono concedió el poder real al grupo de consejeros imperiales, a los que se llamaba extraoficialmente *genrō*, porque en realidad estos hombres, como Itō Hirobumi, controlaban al emperador (Hane, 1992).

vii. El crecimiento del sentimiento nacionalista

Durante la década de 1880 hubo una fuerte corriente que llamaba a la cultura propia japonesa frente a la ola occidental que había sido característica de la década anterior. La imitación en exceso de los países occidentales contribuyó a afianzar los ánimos reaccionarios entre los que querían revivir los conceptos y valores sintoístas y confucianos. Si bien, es cierto que la mayoría de estos ‘nacionalistas’ culturales eran hombres racionales que buscaban adoptar las mejores cosas de Occidente sin hacer que la gente perdiera el gusto y la apreciación por lo típicamente japonés (Hane, 1992).

Con la culminación de la constitución, las bases del Japón moderno habían quedado establecidas en gran medida. Durante las dos siguientes décadas, en el país se desarrollaron dos fuertes tendencias: el nacionalismo y la cultura urbana masiva. En el crecimiento del primero influyeron numerosos factores. Para empezar, el orgullo en los logros de la Restauración Meiji y el esfuerzo de los líderes del régimen por cultivar la lealtad al emperador y al país. Existía la convicción de que, si el pueblo japonés no era patriótico, entonces la nación no sería fuerte. Con ese fin, se redactó el Rescripto Imperial sobre la Educación de 1890, que hizo de la lealtad al emperador y del respeto a los padres la base del sistema educativo (Huffman, 2010).

El crecimiento del nacionalismo y el rechazo de lo occidental también puede ser atribuido al sentimiento creciente entre los jóvenes cansados de oír hablar de la supremacía de los países occidentales. Para otros, el resentimiento surgió como consecuencia de la humillación sufrida en los tratados con condiciones desiguales que se firmaron unas décadas antes. Sin embargo, el momento en el que los sentimientos nacionalistas se dispararon fue a mediados de la década de 1890 cuando Japón luchó contra China por el control de Corea en la primera guerra sino-japonesa (Huffman, 2010).

b. Antecedentes a la guerra: Comienzo del cambio de epicentro del poder en Asia Oriental

Como sucedió en Alemania, la reconstrucción nacional que experimentó Japón llevó a un poderoso estado imperial que buscó activamente la industrialización del país para fomentar la mejora y modernización de los recursos de las fuerzas armadas para perseguir sus aspiraciones de expansión militar. Los líderes de la Restauración utilizaron el Segundo Reich como modelo para enmarcar una constitución autoritaria y código legal por los cuáles se regiría Japón (Anderson, 1991).

i. En búsqueda de tratados

Uno de los objetivos de la Embajada Iwakura había sido el de renegociar tratados – aunque no tenían la potestad de firmarlos, sólo de tratar de realizar acuerdos que fueran menos abusivos para los japoneses. Durante la década de 1870 Japón buscó la firma de nuevos tratados comerciales no sólo con los países occidentales, sino con países vecinos.

En 1871, China y Japón firmaron un tratado, conocido como “Tratado sino-japonés de amistad y comercio”, que restauró lazos diplomáticos entre la dinastía Qing y el gobierno Meiji, algo que no había sucedido entre el gobierno de ambos países desde mediados del siglo XVI (Norhito, 2009). La misión Yanagihara logró negociar un tratado sino-japonés con dieciocho artículos y un reglamento comercial de treinta y tres artículos. El artículo uno del tratado recogía una provisión importante, se acordaba que las posesiones territoriales de ambos países se tratarían con el debido respeto, sin el menor quebrantamiento por cualquier parte. China dio por hecho que al referirse a “posesiones territoriales”, sus estados tributarios se encontraban bajo esta designación. Una presunción que Japón no compartía, algo que no se haría evidente hasta que unos años más tarde comenzaron los problemas sobre Taiwán y Ryukyu – lo que hoy se conoce como Okinawa – a partir 1873 y, posteriormente, sobre Corea en 1876 (Leung, 1983) .

Con otros países vecinos se había alcanzado acuerdos en los que se definían las fronteras y áreas que antes se habían dejado ambiguas de acuerdo con el carácter descentralizado del régimen Tokugawa se habían concretado. Con Rusia imperial se firmó un acuerdo en 1875 en el que se intercambiaron el reconocimiento de la propiedad japonesa de todo el archipiélago de las Islas Kuriles por una declaración equivalente de los intereses rusos en la isla de Sakhalin.

Las relaciones fronterizas que antes se delegaban en feudatarios como Tsushima – con Corea – y Satsuma – con Ryūkyū– ya no se consideraban tolerables (Norhito, 2009). Por lo tanto, era necesaria una política exterior consistente que estableciera a Japón como un país importante en la región a tener en cuenta.

ii. *Seikanron* o el Debate sobre la Conquista de Corea

La dinastía Joseon había estado al frente del reino de Corea desde el siglo XIV. Durante el bakufu Tokugawa las relaciones entre Japón y Corea eran puramente comerciales, ya que Corea era un país hermético al igual que lo era Japón. De hecho, los japoneses habían establecido un puesto de frontera en la ciudad costera de Busan porque no estaba permitido que ningún japonés fuera a Seúl, la capital coreana. En 1868 fueron informados de que se había producido un cambio de régimen en Japón y de que se enviaría un

emisario. Dicho representante llegó un año más tarde con una carta en la que se solicitaba el establecimiento de una misión de buena voluntad entre los dos países. Sin embargo, como consecuencia del lenguaje utilizado en dicha carta, los coreanos interpretaron que los japoneses buscaban hacer del monarca coreano un súbdito del emperador japonés. Corea era desde hace siglos un vasallo de la dinastía china Qing y, por lo tanto, rechazaron la propuesta (Duus, 1998).

Desde entonces las relaciones entre los dos países no habían sido buenas. En Japón surgió un ‘bando de guerra ‘que buscaba venganza por el rechazo coreano, que los japoneses habían considerado como una ofensa a la dignidad nacional. En octubre 1873, poco después de la vuelta de la Misión Iwakura, se desata un debate en el Consejo Privado entre los recién llegados contra varios miembros prominentes del gabinete sobre si atacar o no a Corea. Esta crisis política que se desarrolló en el seno de la política nacional nipona puso de manifiesto las diferencias entre los líderes Meiji, no sólo en cuanto a los tiempos y las estrategias, sino también en cuanto a los objetivos y las políticas (Mayo, 1972).

En teoría, durante el tiempo que durara la Embajada Iwakura se realizarían los mínimos cambios y nuevos nombramientos. Sin embargo, no fue así: entre 1871 y 1873 se aprobaron leyes de gran importancia y se llevaron a cabo iniciativas diplomáticas que ampliaron las fronteras de Japón dejando entrever un deseo expansionista. No obstante, la mayor violación de la promesa fue el nombramiento de nuevos consejeros imperiales en la primavera de 1873 que ratificaron la decisión del Consejo Privado de nombrar a Saigō Takamori embajador en Corea, sabiendo que su misión posiblemente levantara hostilidades y conduciría a la guerra (Mayo, 1972). Se trataba de una táctica que habían puesto en marcha miembros del gabinete con la convicción de que una invasión japonesa de Corea aumentaría el prestigio internacional de Japón.

Los dirigentes que llegaban de Occidente eran conscientes del retraso de Japón y no estaban dispuestos a arriesgarse. Desde su punto de vista, una invasión de Corea podía tener desastrosas consecuencias financieras e, incluso, provocar una mayor intervención occidental en el este asiático. Además, si se desplegaba el ejército fuera del país se corría el riesgo de revivir a las fuerzas reaccionarias dentro de Japón (Sims, 2001).

El debate se convirtió en la primera crisis política del nuevo gobierno. Iwakura y Ōkubo Toshimichi – uno de los hombres que dirigieron la Restauración Meiji que, también, participó en la Embajada Iwakura y al que se considera uno de los padres fundadores del Japón moderno – amenazaron con dimitir y apoyados otros del gabinete se impusieron el 23 de octubre de 1873. Todos aquellos que abogaban por la invasión optaron por dimitir, la mayor división en las filas de la dirección desde el inicio del gobierno de Meiji.

Como al principio del período Meiji Japón todavía era un actor con poco poder en el extranjero, la decisión que se tomó entonces fue que Japón debía actuar con cautela en extranjero, mientras se llevaba a cabo una labor importante de reforma y modernización dentro del país. No obstante, esta opción no implicaba continuar con el hermetismo propio de los Tokugawa, sino de llevar establecer una estrategia asiática exhaustiva como base para la política exterior del nuevo régimen (Mayo, 1972). La implementación de la estrategia “*fukoku kyōhei*”, “enriquecer el país, fortalecer el ejército”, y su éxito propició que gradualmente se eliminara la restricción exterior y que Japón pudiera buscar expandirse en el extranjero. Aunque, Corea no fue el primer objetivo en el que los japoneses testaron su fuerza, era claramente el territorio exterior en el que se centró el orgullo nacional de la Restauración Meiji, como demuestra el debate *Seikanron*.

Consecuentemente, aunque el gobierno hizo todo lo posible por evitar los conflictos extranjeros que podrían obstaculizar la tarea de construir una nación rica y poderosa, buscó copiar de una manera que se acalara lo mejor posible a sus intereses una diplomacia al estilo occidental con la voluntad de hacer una demostración de fuerza en defensa de los derechos de Japón. La búsqueda agresiva de la consecución de los intereses de Japón se combatió con un fuerte sentido de moderación y un conocimiento completo de que Japón era débil en comparación con las potencias occidentales (Duus, 1976). De manera, que la estrategia exterior se testó primer en territorios cercanos donde se sabía que las potencias occidentales no intervendrían.

iii. Expedición a Taiwán de 1874

En 1871, cuatro barcos de pescadores Ryūkyūs naufragaron y fueron a parar en una zona costera controlada por una de las tribus aborígenes de Taiwán. Los taiwaneses asesinaban

a los marineros extranjeros, y los Ryūkyūs no fueron una excepción. Mataron a 54 y doce de ellos consiguieron escapar a China, dónde recibieron protección.

Los japoneses se enteraron de lo sucedido entre verano y principios de otoño del año siguiente. Desde el punto de vista japonés, la subordinación de Ryūkyū era demasiado ambigua y, teniendo en cuenta lo que había aprendido a raíz de sus relaciones con las potencias occidentales, suponía un riesgo para la integridad nacional nipona con el que no se podía continuar. Desde el siglo XVII, el territorio Ryūkyū había sido un estado tributario de Japón. El problema es que también lo era de China. Por lo tanto, cuando se lanzó una expedición militar a Taiwán en mayo de 1874, Japón buscaba poder alegar retroactivamente que los naufragos Ryūkyūs eran súbditos japoneses, desde un punto de vista legal – que mostraba, una vez más, la influencia occidental en la política japonesa (Leung, 1983). Por tanto, con la expedición militar que se puso en marcha a Taiwán se ponía fin, desde el punto de vista de los nipones, a la disputa sino-japonesa sobre el ambiguo estatus político de las islas Ryūkyū.

La ambición japonesa de colonizar los territorios aborígenes taiwaneses denotaba imperialismo que mimetizaba aquel que habían observado de los países occidentales. Los japoneses querían buscar formar de elevar su bajo estatus internacional en un mundo dominado por Occidente imitando a las potencias occidentales, eso es lo que pretendía colonizando los territorios aborígenes taiwaneses (Mizuno, 2009). Consecuentemente, las políticas que el gobierno japonés tomó frente a Taiwán y a las islas Ryūkyū estaban derivadas de su preocupación la seguridad nacional y de la esperanza de obtener una mayor categoría internacional en un mundo dominado por Occidente.

El gobierno Meiji temía que los territorios aborígenes de Taiwán, que en teoría era tributarios de la dinastía Qing, pero sobre los que no había demostrado su soberanía territorial desde el punto de vista de los japoneses y de algunos occidentales, pudieran ser tomados por las potencias occidentales (Mizuno, 2009). Si esto se hubiese llegado a realizar, entonces, los japoneses hubiesen estado en peligro de convertirse en aquello por lo que habían trabajado tanto para combatir: un estado subsidiario de Occidente.

La expedición de Taiwán estuvo lejos de ser heroica – todas menos doce de sus 573 víctimas mortales fueron causadas por enfermedades tropicales –, pero unificó la opinión nacional y reforzó el prestigio del régimen. No obstante, supuso el primer despliegue en

el extranjero del Ejército Imperial Japonés y la Armada Imperial Japonesa, También ayudó a definir la importancia individual de los dirigentes. Los altos representantes del gobierno Meiji, como consecuencia, a partir de entonces compitieron por asignaciones en el extranjero porque el éxito en el exterior se traduciría en poder en el interior. Entonces, se puede afirmar que la política exterior, en este momento, no era más que el contexto en el que se desarrollaban rivalidades internas del gobierno (Jansen, 2002).

Los Estados occidentales sólo se dieron cuenta de las circunstancias, cuando la expedición se había convertido en una realidad y los japoneses estaban en pleno control de los territorios aborígenes taiwaneses. Pensando en sus propios intereses, lo que había que evitar era un conflicto sino-japonés, pues los países occidentales eran escépticos respecto a los japoneses y lo que se podía esperar de ellos.

Desde el punto de vista de los occidentales, si se llegaba al conflicto armado y la guerra terminaba con una victoria japonesa, sus intereses en Taiwán y otros puertos de China se verían inevitablemente perjudicados y comprometidos. En caso de una victoria china, el orgullo de una China victoriosa estaría se inflaría de tal punto que crearía muchos problemas para Occidente. Atrapados entre la espada y la pared, tomaron medidas para evitar un conflicto sino-japonés. En conversaciones mediadas por los británicos, China y Japón llegaron a un acuerdo, firmado en octubre de 1874, que hacía referencia la isla de Formosa – Taiwán –, pero no a las islas Ryūkyū (Leung, 1983). Los chinos aceptaron pagar una indemnización a los japoneses, lo que supuso un reconocimiento *de facto* de la soberanía japonesa sobre Ryūkyū. Taiwán continuó como un estado tributario de China hasta 1885 cuando se convirtió formalmente en una provincia, pero después de la Primera Guerra Sino-japonesa, los japoneses lanzaron otra ofensiva y se convirtió otra colonia del Imperio.

iv. Anexión de Ryūkyū de 1876 a 1879

En julio de 1874, unos meses después de la Expedición a Taiwán, el territorio de Ryūkyū fue transferido de departamento del Ministerio de Asuntos Exteriores al Ministerio de Interior y, por tanto, comenzó a estar bajo el mismo control que las prefecturas. Esto importante porque después del establecimiento de la Restauración Meiji, el nuevo gobierno invirtió una gran cantidad de energía en asumir y aceptar el estado de derecho

internacional. Lo que se pretendía era aplicar el concepto de la "sucesión de estados". Es decir, el 'país sucesor', en este caso, el gobierno Meiji asumió los derechos y deberes bajo el derecho internacional del 'estado precedente', en este caso el Edo bakufu. Los nuevos dirigentes creían que, por tanto, las islas Ryūkyū – que como se ha explicado eran tributarias tanto de Japón como de china – debían pasar a formar parte de la jurisdicción japonesa siguiendo los principios del derecho internacional (Uemura, 2010).

En diciembre de ese año, el gobierno japonés envió una carta obligando al gobierno de las islas Ryūkyū a que enviara una delegación a Tokio – que llegó en 1875. Los representantes enviados se mostraron persistentes en su negativa de aceptar el nuevo orden impuesto por los japoneses. No obstante, el gobierno en las islas sabía que esta situación no se podría prolongar siempre y, en un último intento en septiembre de 1876, envió una delegación secreta a China, a pesar de que había dejado de ser un Estado tributario en 1874 (Man-houng, 2006).

El viaje de la delegación secreta lo único que consiguió fue alargar lo inevitable, comenzaron unas negociaciones entre ambos países con la participación de representantes de los países occidentales para juzgar el asunto bajo el amparo del derecho internacional. Sin embargo, en marzo de 1879, Japón envió la tercera y última delegación a las islas Ryūkyū que a partir de entonces se convirtió en un territorio japonés, aunque China no lo reconoció como tal hasta que perdió la Primera Guerra Sino-japonesa (Uemura, 2010).

v. Comienzo de la tensión entre China y Japón y el cambio del poder en Asia Oriental

Las políticas del gobierno Meiji hacia los Ryūkyūs y Taiwán fueron el comienzo de las guerras colonialistas de Japón y el inicio del fin para la que hasta entonces había sido la principal potencia en el Extremo Oriente. China no supo ver lo que significaban estas tentativas japonesas, preocupada por los problemas internos y por las crecientes amenazas que suponían los países occidentales a su soberanía nacional (Paine, 2003).

Algunos líderes japoneses, fascinados por los logros occidentales, tenían en realidad ambiciones expansionistas evidentes, y China nunca fue excluida de sus objetivos. El

mismo Iwakura, declaró que la toma de China sería necesaria para la seguridad nacional de Japón (Mizuno, 2009). No obstante, en la década de 1870 los japoneses no habían abandonado el mantenimiento de la paz con China, pues tal como se había establecido en 1873, Japón debía primero llevar a cabo las reformas internas para poder mirar al exterior.

Por tanto, las políticas japonesas hacia los territorios aborígenes taiwaneses y Ryūkyū en 1874 y 1876, respectivamente, no fueron diseñadas para poner en práctica tales sueños expansionistas. Al contrario, los japoneses estaban convencidos de su derecho sobre ambos territorios y no lo percibieron la anexión unilateral de los Ryūkyū o como una ofensa China (Sandler, 2002).

Debido a conversaciones informales con diplomáticos occidentales y con el conocimiento que tenían del derecho internacional, el Gobierno Meiji esperaba que la expedición a los territorios aborígenes taiwaneses fuera reconocida como una acción legítima. Sin embargo, las potencias occidentales cambiaron repentinamente sus actitudes y se opusieron a la campaña militar de ultramar (Mizuno, 2009). Este cambio de opinión de los países occidentales y sus objeciones sólo demostró que las grandes potencias se comportaban de manera oportunista y que las pequeñas servían para la consecución de sus intereses y no como socios internacionales.

Aunque ninguno de estos dos sucesos cambió notablemente el orden establecido en Asia Oriental, sí que fueron relevantes e instructivos para la formación de la estrategia internacional japonesa y sus deseos expansionistas. La débil respuesta de china, así como la hipocresía occidental fueron claves para convencer a los dirigentes de Japón de que sólo mostrando fuerza serían respetados y China había dejado hueco para hacerlo.

c. La Primera Guerra Sino-japonesa

i. Antecedentes: El Tratado de Ganghwa de 1876

Los políticos japoneses tenían grandes ambiciones para la política exterior japonesa porque las campañas exitosas en el extranjero se traducían en poder en el interior. Por lo tanto, los asuntos exteriores eran el mejor escenario en el que se manifestaban las rivalidades internas. Corea era el mejor ejemplo de la materialización de esto.

A pesar de la dimisión de Saigō Takamori y de otros disidentes, sus apuestas sí que se llevaron a cabo. En septiembre de 1875, Japón provocó un incidente con Corea. Envío un barco a las aguas coreanas de la isla Ganghwa. La isla se encuentra frente a la desembocadura del río Han, que proporciona la ruta del hacia Seúl. Como era de esperar, los coreanos abrieron fuego, tras lo cual los japoneses expresaron una gran indignación. En este contexto, el rey coreano, Gojong, que eran tan aislacionista como sus predecesores, sabía que Corea era demasiado débil para luchar contra Japón. Consecuentemente, consideró que era esencial llegar a algún tipo de acuerdo para evitar el estallido de la guerra (Jansen, 2002).

Como se ha explicado anteriormente, Corea había sido durante siglos un estado tributario de China. Desde 1867, los chinos habían advertido a los coreanos de la amenaza que representaba el nuevo gobierno en Japón y habían recomendado a Corea que firmara tratados con las potencias occidentales que hicieran de contrapeso. Esto era muy común en la amenaza exterior para controlar a sus estados tributarios. El rey Gojong se había resistido a hacerlo porque iba en contra de la política de aislacionismo favorecida por la dinastía, los *senobi* – que representaban a las principales fuentes del poder del país – y por el mismo. En aquel momento, sólo se realizó reforma que apoyaba cierto grado de apertura hacia el mundo exterior (Paine, 2003).

Cuando en 1875, los japoneses decidieron arriesgarse en una estrategia de para aumentar su influencia en Corea y tener acceso a sus mercados, los coreanos no supieron negarse. Dos días después de que llegara una delegación de consejeros Qing, el gobierno coreano autorizó a sus negociadores a aceptar las demandas comerciales japonesas y una semana después, en febrero de 1876, Japón y Corea firmaron el Tratado de Ganghwa; y seis meses después concluyeron un tratado suplementario y un Reglamento Comercial (Duus, 1976).

La diplomacia de cañonero empleada por los japoneses dio como resultado fue la apertura de tres puertos coreanos al comercio internacional, concedió a los ciudadanos japoneses extraterritorialidad y trato de nación más favorecida, y Corea fue declarada totalmente independiente de la hegemonía china. Otras naciones comerciales siguieron rápidamente para beneficiarse de la acción de Japón, ahora que Corea había sido "abierta".

Siguiendo el modelo de Perry, Japón había obligado a Corea en a firmar un tratado comercial en el que ni siquiera mencionaban los aranceles, es decir, no iban a existir para los productos japoneses. Japón, que se había opuesto con tanta fuerza y que le habían generado tal trauma los tratados que le obligaron a firmar los países occidentales, no tuvo reparos en imponer un régimen aún más restrictivo a Corea, porque las naciones occidentales al menos establecían aranceles al imponer un tratado comercial.

La gran perdedora, no obstante, fue China. A pesar de haber firmado un tratado comercial en 1871 en el que se establecía la igualdad de condiciones entre Japón y China, había tenido que hacer frente a las humillaciones japonesas durante toda la década: con la degradante solución que se dio a la Expedición de Taiwán – por la que China había tenido que pagar una indemnización –, la anexión de Ryūkyū y, ahora, la pérdida de Corea como Estado tributario (Jansen, 2002).

ii. Las razones que llevaron a Japón a la guerra

El contexto internacional en Asia Oriental durante el principio del período Meiji había sido relativamente calmado. Pero a partir de la década de 1880, una nueva ola de ambiciones imperialistas europeas comenzó a desarrollarse en la zona. Con la consolidación de las fronteras nacionales en Europa, el logro del equilibrio de poderes en el continente, el avance de la industrialización, y la mejora de la tecnología para la comunicación a larga distancia; las potencias europeas intensificaron su competencia en las esferas de influencia fuera de Europa (Duus, 1976).

Durante la siguiente década, en 1890, las rivalidades europeas se hicieron especialmente palpables en Extremo Oriente y los japoneses, como consecuencia, empezaron a sentir las tensiones internacionales de manera más intensa que en cualquier otro momento desde la Restauración (Pyle, 1969).

El imperialismo occidental hizo brotar un nuevo sentimiento nacionalista entre sus colonias. Antes del desarrollo del nacionalismo en Asia y África, el imperialismo fue extremadamente beneficioso para las metrópolis. El nacionalismo surge como una fuerza que está directamente relacionada con la percepción que la gente tiene de sí misma y de su conexión con sus vecinos. Como consecuencia de la irrupción en la región de países

extranjeros, los asiáticos tuvieron que cambiar de perspectiva y su visión tradicionalmente local cambió hacia una más internacional. Consecuentemente, los asiáticos comenzaron a sentir lazos comunes con sus compatriotas, su mundo estaba cambiando debido a sus percepciones cambiantes sobre él. El nacionalismo permitió que la gente se uniera en una causa común (Paine, 2003). En Japón, este renovado fenómeno se sintió con más fuerza por la voluntad, que había surgido a raíz de los tratados con los occidentales durante el Shogunato Tokugawa, de que los Estados occidentales reconociesen a Japón como un país de la misma categoría y nivel.

Cabe recordar que la experiencia que había tenido el gobierno Meiji con los países occidentales generaba desconfianza. Los europeos habían priorizado sus intereses y los nipones, por tanto, no los consideraban socios fiables. Lo importante, sin embargo, es que, a pesar de todo, los japoneses modelaron su política exterior haciendo exactamente lo mismo: buscar realizar sus intereses y fortalecer la soberanía nacional (Woods, 2000).

Para muchos japoneses, el imperialismo occidental representaba una amenaza a su soberanía nacional y a la paz en Asia Oriental. Además, había una creciente confianza en el propio progreso militar y económico de Japón, lo que llevó a muchos japoneses a pensar que era necesaria una nueva política agresiva y directa que la que el gobierno había seguido durante las últimas dos décadas (Duus, 1976).

En el plano nacional de Japón, el sector más clamoroso por la guerra era la oposición, miembros como Saigō Takamori y miembros de la derecha que, al estar fuera del gobierno, utilizaban la política exterior para presionar a los dirigentes por la relativamente moderada política exterior que habían tomado. También, entre los partidarios de una expansión territorial, se encontraban un número de samuráis que habían tenido dificultades en adaptarse a la estabilidad de la sociedad de la Restauración y se sentían desplazados (Beasley, 1995).

En Japón había quienes creían que tras las reformas que se acaban de llevar a cabo, los nipones tenían que ayudar a sus vecinos a “civilizarse”. En esta instancia, ya no se hablaba sólo de los coreanos, sino también de los chinos, lo que demuestra que a medida que Japón se fue haciendo más próspero, sus ambiciones también crecieron. Existía, asimismo, un argumento económico para fomentar una expansión y una mayor interacción

comercial con China que equiparara e hiciera frente al dominio del comercio de los occidentales en la región (Duus, 1976).

No obstante, la incipiente mentalidad imperialista de los dirigentes del gobierno era principalmente una especie de imperialismo reactivo despertado por un renovado sentido de amenaza exterior y teñido por la doctrina imperialista occidental. Las consideraciones estratégicas y políticas eran más importantes que la preocupación por civilizar a sus vecinos o la búsqueda de obtener un beneficio económico (Woods, 2000).

Durante las primeras décadas de la Restauración Meiji, el gobierno observó más cuidadosamente las prácticas y métodos que seguían las potencias occidentales y que las convertían en las más poderosas en el escenario de las relaciones internacionales. Así, los nipones fueron enfocaron su acercamiento al mundo exterior. Con todo, en Japón había un sentimiento de amenaza que se iba haciendo más fuerte a medida que China iba sucumbiendo más ante las presiones exteriores. Corea que había sido un objetivo de los japoneses desde las primeras ambiciones imperialistas que surgieron en el nuevo régimen – el *Seikanron* o los sucesos en 1876 – y, por lo tanto, el primer salto del nuevo enfoque de la política exterior.

iii. El desarrollo del conflicto

Desde la firma del Tratado de Ganghwa, los japoneses habían comenzado a comercializar productos manufactureros en Corea. Un grupo de la aristocracia coreana había visto esta apertura con buenos ojos, la rápida modernización de Japón les servía como modelo de las reformas que creían necesarias para su país. Lejos de ver a Japón como un enemigo potencial, las facciones reformistas coreanas lo vieron como un país que había sabido hacer frente al expansionismo occidental (Duus, 1976).

Sin embargo, como había pasado en Japón a raíz de la llegada de Perry y lo que eso conllevó, la repentina oleada de japoneses, despertó una oposición conservadora en Corea. Los chinos aprovecharon este rechazo, para poder mantener su influencia en el que había sido su Estado tributario. China tuvo un éxito notable en mantener su preeminencia en Corea. China y el clan Min –la familia de la reina consorte, que era muy poderosa – habían utilizado los dos fallidos golpes de estado para acabar con la oposición

política. En 1882, se había deshecho de la extrema derecha, representada por el Gran Príncipe Hungson, que deseaba volver al statu quo anterior al tratado. Y en 1884, habían purgado a la izquierda radical pro-japonesa. Con la resolución de este último incidente, China y Japón firmaron el Tratado de Tianjin, en el que ambos países se comprometían a avisar al otro si enviaban tropas a Corea en el futuro. Los golpes fueron también muy importantes para afianzar el poder habían sido igualmente importantes para afianzar el poder de los socios locales de China, el clan Min (Paine, 2003).

En los años 1890, "la independencia de Corea" se había convertido en una preocupación urgente. Sin embargo, el significado del término era ambiguo. Para los japoneses significaba liberar a los coreanos totalmente del poder chino y, bajo el liderazgo de Japón, guiarles en la renovación de su propio país. Los activistas civiles coreanos buscaban fortalecimiento nacional y la independencia de la influencia china. Cabe mencionar, que muchos de ellos veían en sus vecinos nipones el camino para conseguirlo (Nish, 1977).

Al final, después de más de una década de enfrentamiento pasivo, dos incidentes llevaron a la confrontación militar a China y a Japón. El primero, fue el asesinato de un activista pro-japonés coreano, que había sido exiliado después del golpe de estado de 1884, en las calles de Shanghai a principios de 1894. Mucho más importante, no obstante, fue el segundo incidente. En junio de 1894, los chinos enviaron tropas a Corea para ayudar a reprimir la rebelión Donghak. Esta rebelión era de carácter antigubernamental y, también, luchaba en contra de los extranjeros, había estallado en el suroeste del país a principios de la primavera y amenazaba con derribar la Dinastía Joseon, de cinco siglos de antigüedad (Hwang, 2017).

De acuerdo con el Tratado de Tianjin, los japoneses realizaron planes para enviar también sus propias tropas. La razón por la que no se tomó una actitud más beligerante fue porque dentro del propio gobierno nipón había divergencia de opiniones. Itō Hirobumi, que ahora ostentaba la posición de primer ministro, así como la mayor parte del gabinete esperaban que con la llegada de las tropas japonesas a Corea, se reestableciera el equilibrio de poder anterior. Mientras que algunos ministros, entre ellos el de Asuntos Exteriores, querían tomar la oportunidad para erradicar la influencia china en Corea y sustituirla por la japonesa (Hwang, 2017).

En un primer momento, el gobierno intentó atenuar la crisis, propusieron a los chinos un plan para convertir a Corea en un protectorado conjunto, pero China rechazó la propuesta y, como consecuencia, el gobierno optó por la guerra. En julio, enviados del gobierno japonés presentaron una serie de demandas de reforma interna al Rey Gojong que tenían como objetivo proteger los intereses y la seguridad japonesa en Corea. La delegación nipona podía actuar con tanta impunidad porque había soldados japoneses acampados en Seúl y sus alrededores. Ante la negativa del Rey, los japoneses devolvieron a su padre al poder, que firmó un acuerdo para expulsar a los chinos del poder, y crearon una Asamblea Deliberativa, con total autoridad gubernamental. Consecuentemente, la guerra se declaró formalmente el 1 de agosto (Nish, 1977). Japón entró en esta guerra dividido por viejas jerarquías de clase, disputas políticas y un ejército renovado que todavía no se había puesto a prueba, por lo que no es de extrañar que China, el antiguo centro de cultura y poder de la región, a pesar de haber sido maltratado por Occidente, confiara en el éxito.

La Primera Guerra Sino-japonesa fue una demostración que todos los esfuerzos del gobierno para aumentar la riqueza y la fuerza nacional habían dado su fruto. Las tropas japonesas estaban bien disciplinadas, equipadas y entrenadas y barrieron a los chinos ante sus propios ojos (Yang, 2014). En seis meses, los chinos, cuyo ejército estaba plagado de corrupción e incompetencia, se vieron obligados a admitir su derrota.

Los términos de paz establecidos por los japoneses tras la victoria fueron duros. Por el Tratado de Shimonoseki, firmado en abril de 1895, los chinos reconocieron la independencia de Corea – que, a partir de entonces, dependió de Japón, aunque su anexión al imperio no se produjo hasta 1910, cedieron a Japón los territorios de Taiwán y las Islas Penghu, cedieron el control de la península de Liaodong – un punto estratégico pues tiene acceso marítimo a la capital de Pekín –, acordaron pagar una indemnización sustancial y firmaron un tratado comercial que otorgaba a Japón los mismos derechos extraterritoriales y el trato de la *nación más favorecida* que disfrutaban las potencias europeas (Paine, 2003). Es decir, la guerra supuso el final de China como la potencia regional a los ojos de los occidentales y de los asiáticos y el comienzo de una nueva etapa con un cambio de poder hacia Japón.

iv. Reacción interna

Durante el período de reformas de la Restauración Meiji, la prensa había ido adquiriendo importancia en Japón. A medida que las ciudades crecían, cambiaron las dinámicas internas y se volvieron más cosmopolitas. Como la gente recibió una mejor educación, la tasa de alfabetización subió considerablemente – a principios del siglo XX, la masculina superó el 90 por ciento y la femenina alcanzó el 82 por ciento. Como consecuencia, la población empezó a leer la prensa, suscribiéndose a periódicos baratos, sensacionalistas y fáciles de leer (Huffman, 2010).

En agosto de 1894, la declaración de guerra fue recibida en Japón, como lo describían los periódicos, "con alegría y entusiasmo universales" y "una manía por la guerra". Los partidos políticos apoyaron inmediatamente al gobierno y, en claro contraste con el período anterior a la guerra, permanecieron fieles durante toda la duración de todo el conflicto (Nish, 1977).

El gobierno tuvo mucho éxito utilizando la guerra para elevar la figura del emperador; los soldados del emperador fueron los héroes de la época, y los comandantes victoriosos recibieron premios imperiales de felicitación. Además, hubo una inmensa ola de patriotismo comercial y los consumidores recibían constantes recordatorias de la guerra. Por ejemplo, los productos alimenticios que se consumían a diario recibieron nombres militares (Paine, 2003). Como resultado, la guerra desató en el país una explosión de fervor patriótico. La emoción del pueblo japoneses por las tropas y lo que sucedía en Corea era tal que un periodista nipón llegó a describir la situación como: "cada adulto, cada niño, cada anciano, cada mujer habla día y noche de nada más que de la guerra" (Huffman, 2010).

Al final de la guerra, Japón se había convertido en un lugar diferente: orgulloso de derrotar al gigante asiático, confiado en su poderío militar, sediento de más territorio. La sed se hizo aún más fuerte días después de la confusión de la paz, cuando Japón fue coaccionado por Rusia, Alemania y Francia, que tenían sus propios intereses, para devolver la península de Liadong a China y el gobierno de Tokio no vio otra opción que cumplirla. La indemnización se incrementó, en compensación, pero ninguna cantidad de pago pudo compensar la sensación de indignación y humillación producidas por el episodio, denominado la Triple Intervención. Se desencadenó otra explosión pública, en la que editorialistas de todo el espectro político condenaron al gabinete por ceder ante el

trío europeo y declararon que Japón debe fortalecerse para poder hacer frente a los occidentales en el futuro. El agitación popular fue tal que se hizo necesario un rescripto imperial exhortó a los japoneses a permanecer calmados y diligentes en la adversidad (Jansen, 2002).

v. Reacción externa

La Primera Guerra Sino-japonesa cambió las percepciones tanto en el Asia como en el Occidente, y estos cambios de percepción tuvieron un impacto directo en la política exterior de todas las partes involucradas en el Extremo Oriente. La percepción de la debilidad china llevó a intrusiones mucho más agresivas por parte de las potencias extranjeras en China mientras que la percepción de la fuerza japonesa llevó a la inclusión de Japón en las filas de las potencias imperiales (Paine, 2003).

Los japoneses a finales del siglo XIX estaban renegociando muchos de sus acuerdos con potencias occidentales. Irónicamente, al comenzar el conflicto Japón pretendía ganar el prestigio y la benevolencia de las potencias occidentales, pero no hizo más que enfurecer a estas últimas. Gran Bretaña, a punto de firmar un tratado revisado con Japón, tenía muchos intereses invertidos en China. Los británicos se opusieron, y el gobierno estadounidense insistió en que Japón tendría que rendir cuentas de lo que le sucediera a Corea en lo que ellos consideraban una "guerra injusta" (Lone, 1994).

Como había sucedido en Japón, las noticias que llegaron de Extremo Oriente fueron muy importantes para formar la opinión de las potencias mundiales en Occidente. La prensa jugó un papel principal y, sin embargo, no conocía mucho sobre Japón porque estaba organizada en torno a Shanghái y Pekín. De entre las potencias occidentales, los británicos eran los que contaban con mayor número de reporteros en la zona y, por lo tanto, eran los que mayor conocimiento de la situación tenían (Lone, 1994). Aunque los miembros de la prensa británica en China tenían un buen conocimiento de los problemas internos chinos, no estaban especialmente bien informados sobre las recientes reformas Meiji en Japón. A pesar de los problemas endémicos de China, durante mucho tiempo permanecieron fieles a su lugar de residencia (Nish, 1977).

Al comienzo de la guerra, la prensa europea y estadounidense fuera de Asia opinaba que, debido al mayor tamaño del ejército chino, éste prevalecería sobre el japonés. En Asia, los residentes occidentales de China generalmente tenían una visión muy tenue del potencial militar del país, mientras los que vivían en Japón, muchos menos, alababan el rápido progreso económico de Japón (Paine, 2003).

Antes de la batalla en Port Arthur, una masacre que tuvo lugar en noviembre de 1894 cuando las tropas japonesas mataron a alrededor de 20.000 chinos – soldados y civiles –, la prensa de Europa continental no había dado mucha cobertura a la guerra. Desde entonces, la guerra recibió mucha más cobertura. Los chinos, conscientes de ello, publicaron informes y propaganda falsos, declarando que habían ganado batallas en las que, de hecho, los japoneses habían prevalecido (Paine, 2003).

Como consecuencia, el gobierno japonés decidió desacreditar la propaganda de guerra china permitiendo que corresponsales extranjeros acompañaran al ejército japonés. Los periodistas occidentales quedaron sorprendidos con la demostración de fuerza y disciplina del ejército y la armada japonesa. En muchos de los reportajes de la guerra, se comparaba la organización y la capacidad de las tropas niponas con las europeas (Nish, 1977).

La prensa rusa carecía de los corresponsales especiales disponibles para la prensa británica y estadounidense. En cambio, dedicó una atención considerable a la interpretación de la importancia de los informes occidentales. A diferencia de las otras potencias, Rusia bordeaba el teatro de la guerra. Por lo tanto, las hostilidades tuvieron un impacto directo en la seguridad nacional rusa. Y, prácticamente desde el principio los reporteros rusos, se dieron cuenta de significaba el comienzo de una nueva era en Extremo Oriente (Lone, 1994).

Por esta razón, al terminar la guerra los rusos buscaron aliados para asegurarse que la amenaza japonesa no fuera a más. Junto con Francia y Alemania, protagonizaron la Triple Intervención. Pero, sus esfuerzos por contener a Japón no fueron efectivos y la guerra entre ambos países estalló en 1904.

La victoria de Japón sobre China fue atribuida, en buena medida, a su mayor velocidad en la modernización de su sociedad y de sus fuerzas armadas. Esta fue la conclusión que realizaron los occidentales, a pesar de que muchos de los cuales habían esperado que China prevaleciera, lo cual fue fundamental para el ascenso de Japón a ser considerada como una potencia fuerte en la zona. (Jansen, 2002).

6. Conclusiones

La Primera Guerra Sino-japonesa fue la culminación del desarrollo interno que sufrió Japón durante el período conocido como la Restauración Meiji. Durante más de seis siglos Japón se había regido por un sistema feudal, el Shogunato. Desde el siglo XVII, el país había sido liderado por lo Tokugawa en un estilo confuciano y, por lo tanto, hermético. No obstante, con la irrupción de los países occidentales en Asia Oriental, cambió el equilibrio de poder lo cual afectó a todos los países, Japón no fue una excepción

En 1846, los estadounidenses fueron los primeros en conseguir que Japón firmara un tratado comercial gracias al uso de la diplomacia de cañonero. Otras potencias europeas, los siguieron y obtuvieron acceso a los puertos nipones. La población tomó las acciones perpetuadas por los occidentales como una humillación y esto sumado a las malas condiciones de vida, desataron el descontento generalizado de los japoneses.

La experiencia que Japón tuvo con las potencias occidentales sería clave en su actitud de afrontar la política exterior desde entonces. Los nipones se sintieron humillados y vulnerados, algo que buscaron evitar a partir de ese momento. Los japoneses afrontarían su política exterior con escepticismo y desconfianza hacia los Estados occidentales.

Las instrucciones y rebeliones que siguieron permitieron el rápido establecimiento de dos bandos: los Tokugawa y sus adversarios. El clima de tensión estalló en una guerra civil, la Guerra Boshin, de la cual salieron vencedores aquellos que buscaban el establecimiento de un nuevo régimen, pero dándole continuidad con la figura del Emperador Mushito – que a partir de entonces se conocería como Meiji.

A partir de 1868 comenzó el período conocido como Restauración Meiji que buscó dar una nueva legitimidad a Japón tanto dentro como fuera de sus fronteras para evitar que

nunca más fuera humillado y doblegado por las potencias occidentales. Consecuentemente, se inició un período de reforma en el que se buscó activamente la modernización del país. Para tal propósito en 1871, partió de Japón una misión, conocida como la Embajada Iwakura – llamada así por el hombre que la lideraba – que viajó por Europa y Estados Unidos durante dieciocho meses para renegociar tratados y analizar las sociedades de los países occidentales para impulsar los cambios que se debían realizar en Japón.

El nuevo gobierno quería evitar que se volvieran a producir la deshonra sufrida a manos de los europeos y los estadounidenses, pero, aunque generaban desconfianza, también se dieron cuenta de que hasta que Japón no dejara de ser considerado como una potencia de segunda no podrían defenderse. Por lo tanto, la búsqueda de, al mismo tiempo, protección y reconocimiento definió las relaciones exteriores por las que los japoneses se regirían a partir de la Restauración Meiji.

Durante la década de 1870 y 1880, el nuevo gobierno implantó una serie de reformas con el fin de lograr un país más fuerte y capaz de defenderse. Muchos de los cambios fueron inspirados en lo observado por la Misión Iwakura, entre ellos la elaboración de una constitución. En mayo de 1889, se promulgó la constitución – la primera de Asia –, realizada según el modelo prusiano, en la que se reservaban la mayor parte de los poderes para el emperador. Siguiendo con la tradición del pensamiento confuciano, lo que se esperaba es que la constitución diera continuidad institucional al régimen.

Durante el período de reformas, se empezó a desarrollar un sentimiento patriótico y, en algunos casos nacionalista, por una serie de factores: el orgullo que inspiraron los cambios desarrollados, el esfuerzo del gobierno para cultivar la lealtad al país y al emperador y el rechazo a lo extranjero por el recuerdo de la humillación a mediados del siglo XVIII.

En cuanto, a las relaciones exteriores el nuevo gobierno renegoció los antiguos tratados con las potencias occidentales y firmó algunos más con países de la región: con China en 1871 – aunque las bases del tratado no quedaron definidas y los problemas entre ambos Estados empezarían poco después – y con Rusia en 1873.

Al sentirse desprotegidos, Japón buscaba afianzar sus fronteras con algunos territorios que habían sido tributarios de los Tokugawa, y que el nuevo régimen quería incorporar dentro de los confines del país. El más importante de ellos fue Ryūkyū y, para ello lanzaron una Expedición a Taiwán – que había atacado a unos marineros Ryūkyūs – con el fin de demostrar que el régimen del Emperador Meiji defendía a sus súbditos. Esta, también fue, la primera situación en la que Japón se midió con China, que fue incapaz de darse cuenta de que otra potencia se estaba forjando en Extremo Oriente.

Japón utilizó el mismo sistema – la diplomacia de cañonero –, que había usado los americanos para forzar un acuerdo comercial, con Corea. El país asiático había sido desde los primeros momentos de la Restauración Meiji, el foco de todos aquellos japoneses – incluidos miembros del gabinete – con aspiraciones expansionistas. En 1876, “abrieron” Corea, pero demostrando una implacabilidad mayor que la que las potencias occidentales habían tenido con Japón en su momento. No obstante, el tratado que se firmó entonces no hizo mucho para contener la competencia con China ni los deseos de algunos japoneses de demostrar su valía y su poder en el escenario internacional a través del uso de la fuerza. Cuando en 1894, estalló la guerra tanto los chinos como los extranjeros contaban con una inminente victoria china. Los japoneses ponían a prueba por primera vez el resultado de sus esfuerzos que demostraron que Japón se había convertido en Estado capaz de hacer frente a los desafíos internacionales. La rápida victoria fue, para sorpresa de muchos en el orden internacional, japonesa que ganó a la que durante siglos había sido la potencia a la que otros estados, incluido Japón, rendían tributo.

La Primera Guerra Sino-japonesa tuvo como consecuencia el cambio de epicentro en Asia Oriental y la confirmación de Japón como una potencia, mientras que China bajó de categoría demostrando que no solo era incapaz de defenderse dentro, sino también fuera de sus fronteras. La Guerra Ruso-japonesa que tuvo lugar una década después, fue también muy importante porque se trataba de la primera vez que Japón ganaba a un país occidental. Sin embargo, debido a las limitaciones de espacio y cuestión no se ha abordado en este trabajo.

La guerra que libraron China y Japón entre 1894 y 1895 fue una de las primeras guerras en las que la prensa jugó un papel principal, tanto en Japón como en el exterior. Las noticias que llegaban de frente propiciaron el aumento del nacionalismo y del sentimiento

de orgullo de los japoneses. Haber ganado a China y en haberlo hecho en menos de un año contribuyó a que los japoneses buscaran medir sus fuerzas con otros Estados a partir de entonces y a establecer un sentimiento de superioridad frente a aquellos que les rodeaban. Mientras que, tras la guerra, los occidentales se dieron cuenta de que no habían estado prestando atención suficiente y que, a partir de entonces, tendrían que lidiar con Japón de manera distinta, pues se había convertido en una potencia a su nivel y, por tanto, a la que temer.

Japón se había transformado del objeto del imperialismo, a convertirse en uno de sus perpetradores. La guerra marcó la decadencia terminal del viejo orden confuciano introvertido y el ascenso del orden occidental de la política global. Había surgido un nuevo equilibrio de poder. El dominio incuestionable de China durante milenios había terminado abruptamente. Japón iba en aumento, con consecuencias trascendentales para el Este y el Oeste. En la terminología actual, se podría decir, que Japón se ha convertido en el primer país en desarrollo con éxito. Había demostrado las posibles consecuencias mundiales del rápido crecimiento económico, junto con la transformación política y, como consecuencia de la Primera Guerra Sino-japonesa, se convirtió en un actor que definiría y condicionaría el orden internacional.

7. Bibliografia

- Altman, A. A. (1981). The Press and Social Cohesion during a Period of Change: The Case of Early Meiji Japan. *Modern Asian Studies*, 15, 865-876.
- Anderson, P. (1991). The Prussia of the East? *Japan in the World*, 18, 11-19.
- Beasley, W. (1972). *The Meiji Restoration*. Standford, California: Standford University Press.
- Beasley, W. (1995). *The Rise of Modern Japan: Political, Economic and Social change sinc 1850*. Londres: St Martin's Press.
- Beasley, W. (2008). *The Cambridge History of Japan* (Vol. Volume 5: The Nineteenth Century). (M. B. Jansen, Ed.) Cambridge University Press.
- D.Z. (5 de Febreo de 2018). After 150 years, why does the Meiji restoration matter? *The Economist*.
- Dolan, R. E., & Worden, R. L. (1994). *Japan: A country study*. Washington D.C.: Library of Congress.
- Duus, P. (1976). *The Rise of Modern Japan* . Boston : Houghton Mifflin Company.
- Duus, P. (1998). *The Abacus and the Sword : the Japanese Penetration of Korea* . San Francisco: University of California Press.
- Frédéric, L., & Roth, K. (2002). *Japan Encyclopedia*. Harvard University Press.
- González, J. L. (2010). *La historia del Cristianismo* (Vol. 1). Editorial Unilit.
- Hane, M. (1992). *Modern Japan: A Historical Survey*. San Francisco: Westview Press.
- Horie, H. (1952). Revlution and Reform in the Miji Restoration. *Kyoto University Economic Review*, 23-34.
- Huffman, J. L. (2010). *Japan in World History*. New York: Oxford University Press.
- Hwang, K. M. (2017). *A History of Korea*. Londres: Palgrave.
- Jansen, M. B. (2002). *The Making of Modern Japan*. The Belknap Press of Harvard University Press.
- Jansen, M. B. (2008). *The Cambridge History of Japan* (Vol. 5: The Nineteenth Century). (M. B. Jansen, Ed.) Cambridge University Press.
- Kitaoka, S. (2018). The Significance of the Meiji Restoration. *Asia-Pacific Review*, 25(1), 5-18.
- Leung, E. P.-W. (1983). The Quasi-War in East Asia: Japan's Expedition to Taiwan and the Ryūkyū Controversy. *Modern Asian Studies*(17), 257-281.
- Lone, S. (1994). *Japan's First Modern War: Army and Society in the Conflict with China, 1894-95*. Londres : Palgrave Macmillan.

- Man-houng, L. (2006). The Ryukyus and Taiwan in the East Asian Seas: A Longue Duree Perspective. *The Asia-Pacific Journal*, 4(10).
- Mayo, M. J. (1972). The Korean Crisis of 1873 and Early Meiji Foreign Policy. *he Journal of Asian Studies*, 31(4), 793-819.
- Mizuno, N. (2009). Early Meiji Policies Towards the Ryukyus and the Taiwanese Aboriginal Territories. *Modern Asian Studies*, 43(3), 683-739.
- Nish, I. (1977). *Japanese Foreign Policy 1869-1942*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Nish, I., Maio, S., & Fält, O. K. (1998). *The Iwakura Mission in America and Europe. A New Assesment* (Ian Nish ed.). Richmond: Japan Library.
- Norhito, M. (2009). Early Meiji Policies Towards the Ryukyus and the Taiwanese Aboriginal Territories. *Modern Asian Studies*, 49(3), 683-739.
- Paine, S. (2003). *The Sino-Japanese War of 1894-1895: Perceptions, Power, and Primacy*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Perez, L. G. (2013). *Japan at War: An Encyclopedia*. (L. G. Perez, Ed.) ABC - CLIO.
- Pyle, K. B. (1969). *The New Generation in Meiji Japan*. Standford University Press.
- Sandler, S. (2002). *Ground Warfare: An International Encyclopedia, Volumen 1*. Santa Barbara, California: ABC-CLIO.
- Screech, T. (2012). The English and the Control of Christianity in the Early Edo Period. *Japan Review*(24), 3-40.
- Sheldon, C. D. (1983). Merchants and Society in Tokugawa Japan. *Modern Asian Studies*, 17(3), 477-488.
- Sims, R. (2001). *Japanese Political History since the Meiji Restoration*. Nueva York: Palgrave.
- Teters, B. J. (1969). Kuga's Commentaries on the Constitution of the Empire of Japan. *The Journal of Asian Studies*, 28(2), 321-337.
- Uemura, H. (2010). The colonial annexation of Okinawa and the logic of international law: the formation of an 'indigenous people' in East Asia. *Japonese Studies*, 37-41.
- Woods, L. T. (2000). *Japan's Emergence as a Modern State*. Toronto: University of British Columbia Press.
- Yang, H. (1 de agosto de 2014). The Biggest Lesson of the First Sino-Japanese War. *The Diplomat*.

